



**Poemas inéditos de*
ÁLVARO SALVADOR

EL DIOS DE LOS PECES

A mi hermano Antonio

Si existe algún dios,
si hubo alguna vez un dios en tu corazón,
el dios que ahora te acoge y te consuela,
habrá de ser el dios de los pantanos,
el dios de los peces.

Te recuerdo estos días junto a la orilla
con el pañuelo al cuello y las gafas oscuras,
fijas en mí, pendientes de la caña
que quiero sostener con mis dos manos.

—¡Lanza el sedal con fuerza! ¡Lánzalo!
Lánzalo como si en ese esfuerzo
apostaras tu vida.

Y la apostábamos. Entonces
yo era casi un niño y tú
un hombre fuerte,
un hermano fuerte y poderoso
que intentaba enseñarme a pescar,
a robar tesoros en las profundidades del lago:
tesoros como animales perlados,
misteriosos y elásticos, imposibles
rayos de luz.

Aprender a pescar era tan grave
como saber vivir. Y yo intuía
en tu entusiasmo esa enseñanza:
el rito de iniciación que nos brindaban
las mañanas de domingo en el pantano.

Me recuerdo, yo mismo,
con saquito de lana y con pañuelo al cuello,
la cabeza muy alta, sosteniendo la caña,
y un modo de mirar al horizonte
que fingía ser maduro.

Hermano
si existe algún dios,
si hubo alguna vez un dios en tu corazón,
el dios que ahora te acoge y te consuela,
habrá de ser el dios de los pantanos,
el dios de tus pantanos y mis peces.

PIZARRA NEGRA

He soñado que sueño...
(Ludwig Zeller)

He soñado que sueño
y en el sueño yo entro
en la casa vacía.

¿Qué casa es esa casa
que yo soñé perfecta
en mi sueño soñado?

¿El patio de mis padres
con su pozo y su higuera,
la casa de mis hijos
y sus sillas sin nadie?

¿O quizá he soñado
con la casa extranjera,
aquella en donde fuimos
por una vez felices?

¿Qué casa es esa casa
que yo soñé perfecta
en mi sueño soñado?

He soñado que sueño
soñar en las alcobas
de mis casas perdidas.

LA BALADA DE SAM MURAO

Para Anthony Geist

Osama Murao cierra la puerta de su casa en Durland Avenue,
mientras medita sobre la vida que le queda.
Deja que Lionel Hampton le distraiga lo justo
para servirse un bourbon en la cocina.

*Lo penoso de la vida
es que uno la conoce
cuando se acaba.*

San Murao llegó a San Francisco en 1940
y desde entonces trabajó como un animal,
como un animal de carga entre los blancos.
Después vino la guerra y San Murao
estuvo retenido en un campo de concentración,
una cárcel para peligrosos japoneses
en la ciudad de Los Ángeles en California.
Y allí descubrió la cara oculta de la Tierra Prometida,
la verdadera hospitalidad de los emperadores.
Años más tarde,
los viejos, los sagrados peces del Noroeste
salvaron al joven Murao de la miseria y la muerte;
los astutos salmones, las viejas truchas, los poderosos esturiones
le proporcionaron la prosperidad y la paz
que había buscado durante tantos años.

Y desde entonces, la vida le sonrió.
Tuvo amores y amor, familia, hijas,
y una hermosísima casa a la orilla del lago
Washington, el gran lago de la capital del Estado.

San Murao se sienta en el sofá
con la copa en la mano y los ojos perdidos
en las oscuras aguas del lago.
Y piensa en la mujer que se fue,
en la hija que le quiere
y en la que no le quiere,
en el amor lejano de la lejana Rusia,
mientras Lionel Hampton inunda con sus notas
el comfortable salón de la hermosa casa en Durland Avenue.
Hasta que, de improviso,
se le agarra en el pecho el presente
con su mala noticia.

Cuando se sirve la segunda copa,
San Murao acaricia el lomo de su gato,
un gato blanco, turco y angorino,
en cuyos ojos rojos se refugiará esa noche
toda la vida que le queda.

*Lo penoso de la vida
es que uno la conoce
cuando se acaba.*

*Poemas pertenecientes al libro inédito *La canción del outsider*